

—Pues bien, allá iremos todos; creo que el señor Clennam no rehusará venir con nosotros hasta el patio del Corazón Sangriento.

—¡Cómo!—exclamó Clennam,—precisamente allí iba yo.

—Tanto mejor—repuso Meagles;—vamos, pues.



CAPITULO XI

El criminal libre

La obscuridad de una noche de otoño comenzaba á extenderse sobre la líquida superficie del Saona, en la cual reflejábanse pesadamente las nubes como en un espejo manchado. La llanura que rodea la ciudad de Châlons extendíase como inmensa sábana, recortada en ciertos sitios por una línea de álamos que se destacaban bajo un cielo sombrío.

Un hombre que avanzaba lentamente hacia Châlons era el único sér animado visible en aquel paisaje; el mismo Caín no se había visto seguramente más aislado después de su crimen. Llevaba á la espalda un morral de piel de carnero, y en la mano un nudoso garrote; sus zapatos llenos de barro, sus polainas desgarradas, su enmarañado cabello y su ropa cubierta de polvo parecían indicar que había recorrido una gran distancia. Avanzaba muy despacio, cojeando, y cada paso parecía costarle un dolor. Hubiérase dicho que las nubes huían ante aquel hombre, que el viento silbaba, que la hierba se estremecía, que el misterioso murmullo del agua le acusaba en voz baja; y que su presencia, en fin, producía una perturbación en la tempestuosa noche de otoño.

El viajero dirigía de vez en cuando una mirada á derecha é izquierda, tímida y sombría á la vez, deteniéndose á inter-

valos para observar á su alrededor: después continuaba su penosa marcha, murmurando:

—¡Al diablo esta llanura sin fin, al diablo estas piedras, cor-
tantes como la hoja de un cuchillo! ¡Al diablo esta tenebrosa
obscuridad que me rodea y estremece! ¡Al diablo! ¡al diablo!

Y dirigiendo en torno suyo una mirada amenazadora, avan-
zó unos pasos más y detúvose de nuevo murmurando:

—Tengo sed y desfallezco de hambre y de fatiga. ¡Ah! ¡vos-
otros, imbéciles, los que estáis allá abajo, donde brillan tan-
tas luces, coméis y bebéis á vuestro sabor; pero si yo pu-
diese entrar á saco en esa ciudad, bien caro lo pagaríais!

El cansado viajero llegó por fin á la ciudad de Châlons, é
hizo alto un instante como para explorar el terreno.

En la primera calle divisó una modesta posada que tenía
por título *La Aurora*; las cortinas impedían ver el interior,
pero el establecimiento parecía bien alumbrado, y varias ins-
cripciones y accesorios artísticos indicaban que se podía co-
mer, dormir, jugar al billar, beber buen vino, y en una pala-
bra, hospedarse cómodamente. El viajero se acercó á la puer-
ta, levantó el picaporte y entró en *La Aurora*.

Al penetrar en la sala descubrióse para saludar á varios pa-
rroquianos que estaban allí reunidos; dos de ellos jugaban
al dominó, y otros tres ó cuatro, sentados alrededor de la
chimenea, hablaban y fumaban tranquilamente; el ama del
establecimiento, imperando desde su mostrador, en medio de
vasos y botellas, ocupábase en una labor de costura.

Dirigiéndose á una mesita desocupada, en el ángulo más
retirado, el viajero se desembarazó de su morral, y mientras
lo efectuaba acercóse á él la posadera.

—¿Se puede dormir aquí?—la preguntó.

—Seguramente—contestó la patrona.

—Muy bien; supongo que también se podrá comer ó cenar.

—Todo lo que usted quiera.

—Pues entonces, despachemos. Déme usted de comer tan
pronto como le sea posible, y tráigame vino al momento, por-
que ya no puedo más.

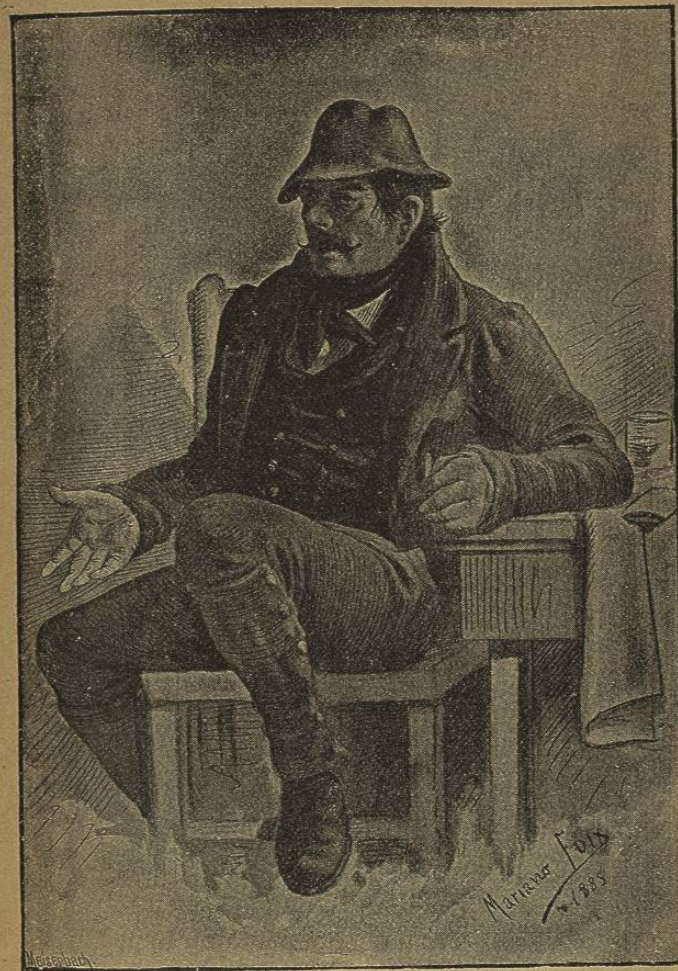
—Hace mal tiempo, señor.

—Infernal.

—Y el camino debe haberle parecido largo.

—Creí que nunca llegaba.

Al decir esto, el viajero apoyó los codos sobre la mesa, ocul-
tando el rostro entre las manos, hasta que le trajeron una
botella de vino; entonces llenó y vació dos veces seguidas



Rigaud

su vaso, comiendo al mismo tiempo una rebanada del pan que acababan de ponerle delante, con la servilleta, el plato, la sal, el aceite y el vinagre.

En aquel momento hubo una interrupción momentánea en la conversación de los que estaban sentados alrededor de la chimenea, como sucede siempre en semejante caso, cuando llega un forastero que llama naturalmente la atención de los que hablan, y ocasiona distracciones; pero poco después, los parroquianos, dejando de mirar al recién venido, continuaron hablando.

—He aquí por qué—dijo uno de ellos, terminando al parecer una historia comenzada,—he aquí por qué se dijo que el diablo andaba suelto.

El que esto decía era el guardián de la iglesia y afectaba en su narración cierta autoridad, porque se trataba del diablo.

La posadera, después de llamar á su marido, que desempeñaba las funciones de cocinero de *La Aurora*, y de dar las órdenes para servir la comida al forastero, había vuelto á su mostrador á continuar su tarea. Era una mujer pequeña, pero muy vivaracha, y al parecer inteligente y aficionada á la conversación, pues no tardó en tomar parte en ella.

—Ignoro si ya les habrán dicho á ustedes que apenas llegado el barco de Lyon circuló el rumor de que el diablo andaba suelto por las calles de Marsella. Aun hay bobos que lo creen así; pero no yo.

—Señora—repuso el guardián de la iglesia;—confiese usted que debe odiar á semejante hombre.

—¡Ah! ciertamente; eso es natural.

—Era un infame.

—Era un miserable asesino—replicó la posadera,—y merecería bien el castigo de que se ha librado.

—Dispense usted—repuso el guardián de la iglesia, con el aire de un hombre que trata de sostener un argumento;—puede ser que ese desgraciado haya cometido el crimen apurado por las circunstancias; y á pesar de todo, quizás tuviera muy buenas cualidades y antecedentes: falta saber esto. La filosofía filantrópica nos enseña...

Los oyentes interrumpieron al orador con un murmullo, como oponiéndose á que se emplearan palabras tan formidables, y los jugadores de dominó suspendieron un momento su partida para protestar contra la introducción de la filosofía filantrópica en el café de *La Aurora*.

—Déjese usted de filantropías—dijo la posadera;—yo no sé

qué significa eso, pero puedo decirle una cosa, amigo mío, y es que hay hombres, y por desgracia también mujeres, en quienes no se encuentra nada bueno; hay personas que deben ser aborrecidas considerándolas como enemigas de la humanidad, como fieras que es preciso perseguir hasta exterminarlas; y yo no dudo que ese hombre de quien habla usted... no recuerdo su nombre... debe figurar en el número.

Así diciendo, levantóse para ir á tomar la sopa del forastero de manos de su marido, que acababa de presentarse con el plato en la puerta de la cocina, y volvió á ocupar su asiento.

—Volvamos á la cuestión, dejando á un lado todo lo demás—dijo el que hablaba.—Yo puedo asegurar que si los marseleses han gritado que el diablo andaba suelto, es tan sólo porque el tribunal ha absuelto á ese hombre. He aquí cómo ha comenzado á circular la frase, y todo lo que se ha querido decir, nada más.

—¿Cómo se llama?—preguntó la posadera,—creo que... Biraud ¿no es así?

—Rigaud, señora—contestó el guardián de la iglesia.

—¡Rigaud! es verdad.

Después de servida la sopa al forastero, diósele un plato de carne y otro de verdura, todo lo cual comió ávidamente, apurando su botella de vino; luego pidió café y rom y comenzó á fumar un cigarrillo. A medida que reponía sus fuerzas parecía tranquilizarse su espíritu; al fin tomó parte en una conversación insignificante, afectando una condescendencia protectora, cual si hubiese sido de condición muy superior á la que indicaba su traje.

Bien porque los concurrentes tuviesen alguna ocupación, ó porque no se creyeran dignos de alternar con el extranjero, el caso es que comenzaron á desfilar poco á poco, dejando al nuevo huésped completamente solo. La dueña seguía ocupada en su costura, y el viajero fumaba junto á la chimenea tranquilamente, calentándose los pies.

—Dispense usted, señora—dijo de pronto, rompiendo el silencio;—según he oído antes, parece que ese Biraud...

—Rigaud, caballero.

—Bueno, Rigaud, ó como sea... digo que ese Rigaud parece haberle merecido muy mal concepto.

La posadera, que había cambiado de opinión varias veces respecto al juicio que formara del forastero, encontrándole unas veces buen mozo, y otras mal encarado, atóvose á su

último parecer al observar más detenidamente sus facciones.

—Ese Rigaud—contestó,—era un criminal que había dado muerte á su esposa.

—¡Diablo! sí que es una infamia. Pero ¿cómo ha sabido usted eso?

—Todo el mundo lo sabe.

—¡Ah! ¿y cómo ha podido escapar de la justicia?

—Según la ley, parece que no se han podido reunir suficientes pruebas, ó por lo menos, así se ha dicho; pero todo el mundo sabe que ese hombre cometió el crimen; el pueblo estaba tan persuadido de ello, que quiso hacerle pedazos.

—Y eso que dicen que los marseleses viven todos en buena inteligencia con sus mujeres—repuso el viajero.—¡Ya, ya!

La posadera miró otra vez al forastero, y confirmóse en su última opinión; pero como tenía la mano pequeña, y se cuidaba mucho de colocarla de modo que la viesen, pensó también que aquel hombre, bien mirado, no tenía del todo mal aspecto.

—¿Y sabe usted, señora, ó lo sabrá alguno de los que se han marchado, qué ha sido de ese... Ri... baud?

La posadera movió la cabeza y contestó, que al decir de los parroquianos de *La Aurora*, se le retenía en la cárcel por su propio interés.

—Como quiera que sea—añadió después de una pausa,—ha escapado del castigo que merece, y es una lástima.

Mientras que la dueña inclinaba la cabeza sobre su costura, el forastero la miró con una expresión que probablemente habría disipado todas las dudas de la mujer respecto á la opinión que formara del desconocido; pero no vió nada; cuando volvió á levantar la cabeza, la expresión había desaparecido y la pequeña mano del forastero retorció su bigote.

—¿Podré subir á mi cuarto?—preguntó.

—Cuando usted guste; mi marido le conducirá. Encontrará ya en él á otro viajero dormido, que se retiró muy temprano porque estaba rendido de fatiga; pero esto no importa, pues la habitación es tan grande que cabrían hasta veinte camas.

La posadera se había interrumpido varias veces para llamar á su esposo, el cual se presentó al fin, cubierta la cabeza con el gorro blanco oficial, y alumbró por una estrecha escalera á su huésped. Este llevaba su capote y su morral, y había dado ya las buenas noches cortésmente á la posadera, diciéndole que esperaba tener el gusto de verla al día siguiente.

La habitación era efectivamente una gran sala, donde se

veían dos lechos, uno en cada extremo. Mientras que el viajero se inclinaba para dejar su morral en el suelo, el posadero le miró de reojo y díjole con un tono bastante brusco en el momento de retirarse:

—La cama de la derecha.

Fuera ó no buen fisonomista, el caso es que el posadero juzgó sin vacilar que su huésped tenía muy mala traza.

Entre tanto, el forastero, mirando desdeñosamente las sábanas limpias, pero ordinarias, que le habían puesto, sentóse en una silla, sacó su dinero del bolsillo y comenzó á contarle.

—Es preciso comer—murmuró;—pero el diablo me leve si no lo hago mañana á costa de uno de mis semejantes; no habrá más remedio.

Mientras se entregaba á sus reflexiones haciendo saltar su dinero en la mano, la respiración ruidosa del viajero que dormía llamó su atención; pero como aquel compañero estaba muy tapado y además había corrido la cortina blanca de su lecho, no se le podía ver, por más que se le oyese. Aquella respiración regular y sonora que seguía oyéndose en tanto que el viajero se descalzaba, acabó por excitar la curiosidad de éste, inspirándole el deseo de ver las facciones de su vecino. En su consecuencia, acercóse á la cama del durmiente hasta tocarla, mas no pudo satisfacer su curiosidad, porque aquél se había tapado la cabeza con la sábana. Entonces, resuelto á ver la fisonomía de aquel hombre, el viajero adelantó su pequeña y blanca mano (mano traidora,) y levantó la sábana suavemente.

—¡Voto al diablo!—murmuró retrocediendo un paso.—¡Es Cavalletto!

El italiano, cuyo sueño se había interrumpido, quizás instintivamente por la presencia furtiva de su ex-compañero, dejó de roncar y abrió los ojos. En el primer momento, medio dormido aún, miró al intruso sin reconocerle; pero de pronto dejó escapar un grito de sorpresa y alarma y saltó del lecho.

—¡Silencio!—exclamó el forastero.—¿Qué diablos te pasa? No te muevas; soy yo. ¿No me reconoces?

Pero Juan Bautista, sin mirar nada y profiriendo mil exclamaciones, retrocedió temblando hacia un ángulo del cuarto, púsose su pantalón, sujetó alrededor del cuello las mangas de su levita, y manifestó claramente su deseo de huir antes que renovar las relaciones con aquel hombre. Su antiguo com-

pañero al observar aquellas disposiciones poco amistosas, retrocedió hacia la puerta y apoyóse en ella de espaldas.

—¡Cavalletto!—le dijo,—despiértate, muchacho! Abre bien los ojos y mírame; pero no me des el nombre de otras veces... Ahora me llamo Lagnier, ¿lo oyes? Lagnier... acuérdate bien.

Juan Bautista que miraba á su compañero con ojos espantados, repitió diez veces seguidas aquel ademán negativo de su país, que consiste en levantar los brazos é inclinár hacia atrás el índice, como si estuviese dispuesto á negar de antemano todo lo que el otro pudiera tener que decirle durante el resto de su vida.

—¡Cavalletto!—dijo su antiguo camarada,—dame la mano; ¿reconoces al caballero Lagnier? ¡toca la mano de un caballero!

Dócil como en otro tiempo al tono de autoridad complaciente adoptado por Lagnier, Juan Bautista se adelantó para dar la mano; su protector no pudo menos de sonreírse y estrechóse la fuertemente.

—¿Con que no le han?...—murmuró Juan Bautista.

—¿Afeitado?—interrumpió Lagnier.—Nada de eso; mira qué sólida está.

Y Lagnier volvió la cabeza á derecha é izquierda, como para confirmar sus palabras.

Juan Bautista, estremeciéndose ligeramente, paseó su mirada por toda la habitación, como para recordar dónde estaba, y aprovechando aquel momento, Lagnier cerró la puerta con llave y sentóse después en la cama.

—¡Mira!—dijo á su compañero, señalando sus zapatos y polainas;—ahora sí podrás decir que ese es muy pobre calzado para un caballero; pero no importa; ya verás cómo lo arreglo yo todo en poco tiempo. Vamos, siéntate y ocupa tu antiguo sitio.

Juan Bautista, que no se creía al parecer muy seguro, sentóse en el suelo junto á la cama, con la vista fija en su compañero.

—¡Muy bien!—exclamó Lagnier;—al menos no estamos ya en aquel condenado agujero de allá abajo ¿eh? ¿Cuándo saliste tú?

—Dos días después, maestro.

—¿Y cómo has venido aquí?

—Me aconsejaron que no me quedase en Marsella; de modo que salí de la ciudad inmediatamente y desde entonces he

viajado por diversos puntos. En Avignon, en el Ródano y en el Saona he podido ganar algunos sueldos.

Mientras hablaba, Juan Bautista trazaba rápidamente con el dedo en el polvo de los ladrillos el itinerario que había seguido.

—¿Y á dónde vas ahora?

—¿Qué á dónde voy?

—Sí.

Juan Bautista parecía querer eludir esta pregunta, sin saber cómo.

—*Per Bacco!*—exclamó al fin, como si no hubiese querido hacer esta confesión;—algunas veces he pensado en ir á París y tal vez á Inglaterra.

—Cavalletto—replicó Lagnier;—te lo diré en confianza; yo también voy á París, y quizás á Inglaterra; de modo que viajaremos juntos.

Juan Bautista levantó la cabeza enseñando los dientes cual si quisiera sonreír; mas no parecía ser muy de su gusto aquella combinación.

—Viajaremos juntos—repitió Lagnier;—ya verás qué poco tiempo necesito para reconquistar mis derechos de caballero, y tú te aprovecharás. ¿Queda entendido? ¿Estamos de acuerdo?

—Sí, seguramente—contestó el italiano.

—En tal caso ya sabrás, antes de entregarme al sueño (pero seré breve porque tengo mucha necesidad de dormir,) cómo me encuentro en este sitio, yo, Lagnier; acuérdate bien de este nombre y no lo olvides nunca.

—*¡Altro, altro!* ¿Con que ya no es Ri?...

Antes de que Juan Bautista pudiera pronunciar la segunda sílaba del nombre, su compañero le puso la mano sobre la boca con ademán amenazador, exclamando:

—¡Rayo del cielo! ¿En qué piensas? ¿Quieres que me lapiden y que hagan lo mismo contigo? Si cayeran sobre mí, seguro puedes estar que no perdonarían á mi compañero de cárcel; no lo esperes.

Quando Lagnier dejó libre la boca de su amigo, sus facciones tenían una expresión poco agradable, por lo cual pudo Cavalletto comprender que si se daba el caso de que apedreasen á su compañero, no dejaría éste de llamar la atención sobre su antiguo camarada para que recibiera su parte. No podía olvidar que Lagnier era un caballero cosmopolita sin escrúpulos ni preocupaciones.

—Soy un hombre contra el cual se ha mostrado la sociedad injusta desde que nos conocimos—prosiguió Lagnier.—Tú sabes que soy valeroso y sensible, y que tengo un carácter dominante. ¿Cómo ha respetado la sociedad en mí estas cualidades? Me han silbado en las calles y ha sido forzoso protegerme en mi camino contra los hombres, y sobre todo las mujeres, dispuestas á lanzarse sobre mí con todas las armas que podían coger. Se ha debido ocultar el sitio donde se me detuvo para que no me hicieran pedazos; ha sido necesario ponerme en una carreta y sacarme de Marsella á las altas horas de la noche, escondiéndome entre la paja en un trayecto de varias leguas. Era pel'groso para mí aventurarme en las inmediaciones de mi propia casa; y sin más que algunos sueldos en el bolsillo, como un pordiosero, me he visto obligado á caminar en pleno lodo, con un tiempo espantoso, desde el día en que bajé de la carretera; por eso tengo los pies destrozados. Tales son las humillaciones que me ha hecho sufrir la sociedad, á mí, dotado de las cualidades que ya conoces; ¡pero la sociedad me lo pagará!

Lagnier dijo todo esto al oído de su compañero y con la mano delante de la boca.

—Aun hoy mismo—prosiguió sin cambiar de postura,—hasta en esta mísera posada, la sociedad me persigue, la patrona me calumnia y sus parroquianos me difaman, á mí, que con mis modales caballerosos y mi talento podría confundirlos; pero en mi noble pecho conservaré el recuerdo de los agravios que la sociedad me ha inferido.

Juan Bautista, prestando atento oído á las palabras de enojo de su interlocutor, contestaba de vez en cuando: «¡Ciertamente, ciertamente!» encogiéndose de hombros y cerrando los ojos, como si hubiera sido imposible formular contra la sociedad una acusación más cándida y más justa.

—Pon mis zapatos en un rincón—continuó Lagnier;—ex-tiende mi capote para que se seque y toma mi sombrero.

Cavalletto obedeció estas órdenes según las recibía.

—He aquí el lecho á que la sociedad me condena—exclamó Lagnier.—¡Ah! ¡muy bien!

Lagnier se tendió cuán largo era en aquella cama indigna de él, con la cabeza cubierta por un pañuelo roto, y sin dejar asomar fuera de la sábana más que la parte superior de su siniestra fisonomía.

—Vamos—dijo mirando á su compañero,—la casualidad ha
Tomo I.—9

vuelto á reunirme contigo, y á fe mía que es mejor para ti, porque te aprovecharás; mas por ahora necesito un largo reposo. No me despiertes por la mañana, ¿oyes?

Juan Bautista contestó que le dejaría dormir en paz, y dándole las buenas noches, apagó la luz. Era natural suponer que el italiano no pensaría ya más que en desnudarse para volver á dormir; pero hizo todo lo contrario, pues se vistió completamente, aunque sin calzarse los zapatos.

Hecho esto se tumbó en la cama, con la intención de pasar así la noche.

Cuando Cavalletto despertó, algo sobresaltado, los primeros albos de la aurora comenzaban á reflejarse en las ventanas de la posada; el italiano se levantó presuroso, dió vuelta á la llave en la cerradura muy cautelosamente, y con sus zapatos en la mano bajó la escalera sin hacer el menor ruido. Nadie se había levantado aún, y el mostrador de la dueña estaba desierto; pero como Juan Bautista había arreglado su cuenta con la patrona el día anterior, poco le importaba encontrar á alguien; todo lo que necesitaba era un momento para calzarse, abrir la puerta y huir.

Así lo hizo: ningún rumor, ninguna voz se dejó oír cuando abrió la puerta; ninguna cabeza de Medusa se asomó á la ventana de la habitación de que acababa de salir. Cuando el disco del sol se dejó ver del todo en el horizonte, iluminando con sus rayos el largo camino cubierto de lodo, con su monótona línea de árboles, vióse un punto negro que se alejaba velozmente, saltando entre los charcos formados por la lluvia: aquel punto negro era Juan Bautista, que huía velozmente de su protector.



CAPITULO XII

El Patio del Corazón Sangriento

El sitio designado con este nombre está comprendido en el casco de la ciudad, aunque se halle en el antiguo camino rural que conduce á un arrabal célebre, donde en la época de Guillermo Shakspeare, autor y actor á la vez, existían varias casas de cazadores, pertenecientes al rey. Hacía tiempo ya que este sitio había perdido mucho, cambiando notablemente su aspecto, pero aún conservaba huellas de su antiguo esplendor. Algunos restos de chimeneas enormes que se elevaban á bastante altura sobre los tejados; y varias casuchas sombrías, de cuyas primitivas dimensiones no era posible formarse idea, comunicaban un aspecto singular á este patio, habitado solamente por familias pobres, que habían ido á instalarse entre aquellas glorias eclipsadas, como los árabes del Desierto despliegan sus tiendas en medio de las piedras caídas de las Pirámides.

El terreno se había elevado á notable altura alrededor del histórico patio; de modo que para penetrar en él era necesario bajar por una escalerilla, saliendo por una bóveda poco alta que se comunicaba con un dédalo de miserables callejuelas.